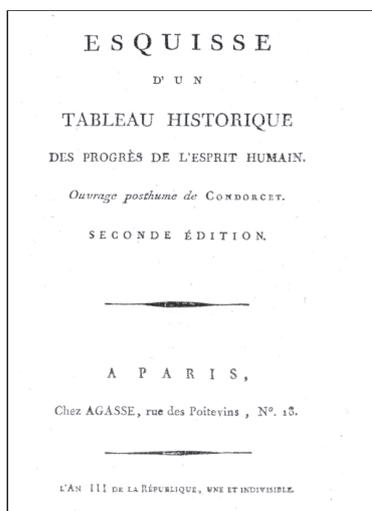


# LA IDEA DE PROGRESO EN CONDORCET

*Jorge Velázquez Delgado*

(Universidad Autónoma de México, Izlapalapa)



Este trabajo recoge apuntes que plantean el valor de la filosofía de Condorcet, y en especial de su filosofía de la historia (centrada en la idea de progreso), resumido en clave de filosofía política y de filosofía de la educación.

PALABRAS CLAVE: Condorcet, progreso, filosofía de la historia, filosofía política, educación, épocas del espíritu.

This paper addresses the value of Condorcet's philosophy and, in particular, of his history of philosophy (focussed on the idea of progress), summarized in terms of political philosophy and philosophy of education.

KEYWORDS: Condorcet, progress, philosophy of history, political philosophy, education, time of spirit.

“Nuestras esperanzas sobre los destinos futuros de la especie humana pueden reducirse a estas tres cuestiones: la destrucción de la desigualdad entre las naciones, los progresos de la igualdad en el mismo pueblo y, en fin, el perfeccionamiento real del hombre”  
(Condorcet)

Existen infinidad de razones para leer y revalorar la filosofía política de Marie-Jean-Antoine-Nicolas Caritat, Marqués de Condorcet (1743-1793, Bourg La-Reine). En especial, su filosofía de la historia. Más que ser considerado un pensador extraordinario del siglo XVIII francés, fue un personaje que quizá como ningún otro de su tiempo impulsa la libertad y la igualdad siguiendo los grandes principios del republicanismo. Conviene decir de entrada que, si ha existido una desviación de la idea del progreso en el siglo XIX, esto obedece al auge e importancia que tuvo el

liberalismo doctrinario como la gran filosofía e ideología del capitalismo. En particular lo que se trastocó fue la importancia que se asigna a una sociedad basada en la construcción de una ciudadanía acorde a los nuevos tiempos y a los valores ético-políticos del arte o vida civil moderna, por el surgimiento del individualismo moderno como la figura que mejor responde a los reclamos y exigencias del liberalismo doctrinario.

Para Condorcet lo verdaderamente importante que debe promover la fuerza revolucionaria de la nueva sociedad es el espíritu de la Ilustración o nueva racionalidad científica como medio de lucha en contra del fanatismo y de la superstición. De este modo, la mejor manera de consolidar el espíritu de las luces es por medio de la educación republicana. Pues lo fundamental de todo plan racional basado en el progreso es y debe ser la institución pública del ciudadano a través de la instrucción pública como medio para la conservación, fortalecimiento y difusión de la República. Por decir las cosas de esta forma, lo que importa del proyecto educativo condorcetiano es, a partir de la gran experiencia filosófica y científica de los siglos XVII y XVIII desarrolladas y promovidas particularmente en Francia e Inglaterra, fomentar los valores republicanos; instruyendo y constituyendo la subjetividad correspondiente a las más profundas motivaciones de la llamada modernidad.

Condorcet resulta ser, pues, un filósofo de extraordinaria vigencia. En particular en momentos en los que existen fuerzas ideológicas que, en sus propias confusiones y visiones viscerales, quieren confiscar y monopolizar los valores de una ciudadanía que vive o se siente terriblemente huérfana —moral y políticamente—, a consecuencia de todo lo ocurrido en este mundo durante las largas décadas de la dominación neoliberal. Lo que el filósofo y científico francés del siglo XVIII ofrece como punto de partida para llevar a cabo la revalorización crítica de los valores y sentimientos republicanos, es la definición crítica de la ciudadanía consistente en: “ilustrar a los hombres para convertirlos en ciudadanos”.

Aparte de ser calificado por nosotros como un personaje extraordinario y admirable de la historia de Francia, cabe decir que desde su particular modo de pensar las cosas del mundo bajo su envidiable experiencia vital cabe señalar que su vida transcurre entre dos fuegos de gran trascendencia: el de la Ilustración y el de la Revolución Francesa de 1789; es un filósofo que trata de conciliar las diversas concepciones filosófico-políticas más representativas de su tiempo. Con tal inquietud no busca ni pretende establecer la armonía filosófica de su tiempo. Ni la síntesis entre los diversos sistemas filosóficos que hereda o con los cuales se encuentra comprometido desde su propia filosofía, en especial desde su filosofía de la historia y desde su proyecto educativo para la nueva ciudadanía. Lo relevante es que no establece su proyecto para el ciudadano moderno a partir de sentirse desgarrado por habitar en su mente la influencia de los grandes enciclopedistas y de los ilustrados franceses y escoceses de su siglo. Su privilegiada mente albergaba también los plan-

teamientos de Descartes, Newton, Bacon, Locke, Montesquieu, Rousseau, Voltaire y Turgot, entre otros representativos científicos de esos siglos de lo que algunos definen como temprana modernidad.

Lo que hace Condorcet es dar margen a exponer su propia filosofía a partir de un principio ontológico consistente en definir al hombre como un ser capaz de poseer sensaciones. Las sensaciones son una facultad con la que nace el hombre. A través de ellas no sólo transmite, en el potencial de posibles combinaciones, placeres. El dolor es también parte de las mismas. La cuestión es marcar la posibilidad de que en su conjunto y mediante los dispositivos del progreso y del racionalismo moderno, sean encausadas hacia lo que establece que es la meta y fin del progreso humano: la felicidad del hombre sustentada en la convicción y en el bien común. No olvidando que el bienestar y la generación de la riqueza desde su óptica igualitaria, esto es, republicana, son útiles en la medida en cómo logren establecer, desarrollar y conservar el bien común. De lo contrario tienden a ser inútiles y, por tanto, causa de otro grave error en la historia de la humanidad.

Es su concepción sobre las sensaciones lo que no evita pensar que la misma era parte de un denso debate al interior del movimiento ilustrado. Sin ser en su caso particular Rousseau, la excepción. Recordemos lo que asienta en *Las confesiones*: “Sentí antes de pensar; tal es destino común de la humanidad”. Recordemos también su invaluable y célebre *Emilio o de la educación*. Las sensaciones son así el dato antropológico y gnoseológico del que parte el proyecto educativo con el cual el grueso de los ilustrados —escoceses y franceses— más se identificaron. Era, si se quiere, la base de su proyecto de reforma para el género humano y fundamento radical de la idea de progreso que promueven. Llevando las cosas a otro nivel histórico y problemático, lo que tal proyecto propone es la construcción de un principio de hegemonía el cual, a través de su instrumentalización en la institución e instrucción educativa, sirva para hacer de los hombres ciudadanos en el pleno y amplio sentido del concepto. Pues en general para ellos, por fuera de sus diferentes y a veces encontrados posicionamientos filosófico-políticos, la República es el ámbito ético-político para la realización de las facultades y vocaciones de los hombres libres e iguales. Como es a su vez lo que permite el mejor desarrollo de su espíritu crítico como el mejor remedio contra la ignorancia y los prejuicios que constituyen y son causa del error.

De este modo, la mejor manera para caracterizar a la ilustración es aceptarla como una estrategia para la construcción de un nuevo tipo de sociedad. La Ilustración es por ello: una filosofía política que en el caso de Condorcet se presenta como compromiso y militancia en la lucha en contra del error y la ignorancia. La cuestión aquí no es plantear el problema sobre la muy eventual posibilidad de reforma del hombre. O si por medio del proyecto ilustrado el hombre alcanza su salvación. Lo que Condorcet percibe como lo verdaderamente urgente de la nueva con-

dición histórica que abre la Ilustración y la Revolución Francesa, es *transformar* al mundo aprovechando esa extraordinaria coyuntura histórica. Coyuntura bajo la cual los viejos principios que posibilitaban la desigualdad social y el despotismo, se volatilizaban a una velocidad increíble.

Insistimos en ver a Condorcet como un gran personaje particular en la historia quien desde su trinchera científica y filosófica pretende, incluso con ayuda de su criticable eclecticismo, resolver los dilemas de todo ese nuevo mundo que nace con la Ilustración y la Revolución Francesa. Lo innegable es que el filósofo francés hace de la idea del progreso, sustentada en estas dos extraordinarias experiencias históricas, una verdadera profesión de fe. Hecho que por cierto Hegel criticará en su concepción de la historia. Pero, los hombres que dieron forma y cuerpo a la idea del progreso y a sus insustituibles acompañantes, la libertad, la igualdad, la democracia y la racionalidad, mas no la *Razón*, no podían actuar de otro modo en su famosa lucha contra la superstición y las formas de poder del Antiguo Régimen. Es decir, sin legitimar una nueva profesión de fe la cual para muchos se antoja y se veía —más allá del ateísmo y sentimientos anticlericales que caracteriza a todo este movimiento e incluso más allá del proceso de secularización que promueve—, como un simple, por no decir ridículo, desplazamiento de la fe religiosa por la fe en el progreso.

Para Condorcet, la cuestión no es sustituir un sistema de la fe por otro. Buscando así el autocomplaciente refugio en ensoñaciones utópicas, pasadas o futuras. Pues el verdadero problema que abre la Revolución es cómo defenderla una vez que se encuentra amenazada por emergentes fuerzas despóticas que oscilan entre el Terror y el Termidor. La posición de Condorcet era sumamente difícil, pues, como se sabe, él fue un activo girondino y gran amante de la libertad y de la igualdad. Pero sobre todo alguien que planteaba muy seriamente el problema de la libertad y de la igualdad como una cuestión universal y no únicamente como un problema que tiene solución aparente mediante la acción de cierta ingeniería social avocada a su formulación formal. En cierto modo fue, desde nuestro particular punto de vista, un rusoniano radical. Un filósofo que comprende que la Ilustración o el espíritu enciclopédico, que comprende como nueva visión del mundo, son letra muerta, la cosa más inútil si se prescindie de la formulación de un nuevo tipo de humanismo o si se ignora que por sí misma la Ilustración como la propia Enciclopedia quedan fuera de todo contenido político; por fuera del arte social.

Recordemos, pues, que lo que se propusieron estos movimientos de la historia europea de los siglos XVII y XVIII fue la construcción de un nuevo tipo de sociedad. Una sociedad que supuestamente debería negar todo despotismo y elitismo. Para el logro de tan trascendente propósito se sostuvo que era necesario también educar a la propia racionalidad. No se trata así de ilustrar a los hombres para que surjan nuevos déspotas y tiranos; se trata, como dice Condorcet, de ilustrarlos para hacerlos ciudadanos. De otro modo los hombres el único sentimiento y con-

ciencia de igualdad que compartirían sería la ignorancia. El igualitarismo de la ignorancia. Es esto lo que pone en juego el dilema entre el Terror y el Termidor. La igualdad como base de la nueva sociedad o el elitismo como desprecio a los valores de la República y motivo de nuevos y conflictivos dramas históricos. Lo que busca Condorcet no es el igualitarismo, es el reconocimiento de la igualdad como parte de la naturaleza humana. Pues para él todos los hombres, independientemente de su raza, sexo, credo religioso y político, son iguales.

De este modo, los principios de una educación laica se sustentan en el ideal igualitario y en la proyección del bienestar universal basado en la instrucción pública y en el sistema de riqueza y propiedad como producto del espíritu industrial, comercial y emprendedor que promueven los nuevos agentes sociales. Pero debemos poner énfasis en lo siguiente: para nuestro filósofo lo que se busca verdaderamente a través de la construcción de la nueva sociedad y por medio de la moral que la debe caracterizar, es suprimir toda eventual forma de exclusión y marginación. Por ello es que propone como principio que la educación o instrucción pública sea un asunto que el Estado debe tomar muy en serio. Es decir, para él la educación es y debe ser pública, obligatoria y gratuita. Siendo responsabilidad del poder público defenderla y apoyarla como un derecho y como parte sustantiva de la libertad e igualdad entre los hombres.

La instrucción es determinada como el medio a través del cual se quiere superar a la ignorancia promoviendo el desarrollo integral entre los ciudadanos. Así, lo que anota Torres del Moral en la introducción que hace al *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*,\* es, respecto a la cuestión de la instrucción obligatoria y gratuita, lo siguiente:

“La primera consecuencia consiste en que, al ser el progreso en las luces un factor importantísimo para mejorar la suerte de la humanidad en todos los órdenes, la instrucción se constituye en obligación muy principal de la sociedad, de las instituciones, de los poderes públicos, como medio de liberación, de perfeccionamiento y, sobre todo, de igualdad real de los ciudadanos. Condorcet lo afirma categóricamente y lo justifica en las palabras con que encabeza su *Memoria sobre la instrucción pública* y lo repite en varias ocasiones. Debe ser obligatoria y gratuita, como ahora se dice, para ‘no dejar subsistir ninguna desigualdad que entrañe dependencia’, pues dependencia hay cuando uno no es lo suficientemente instruido para ejercer por sí mismo sus derechos sin someterse a la razón de otro; los individuos desigualmente instruidos no ejercen ni disfrutan igualmente sus dere-

\*CONDORCET, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, edición a cargo de Antonio Torres del Moral y Marcial Suárez, “Estudio introductorio” de A. Torres del Moral, Madrid, Editora Nacional, 1980. Colección “Clásicos para una Biblioteca Contemporánea”. [N.E.]

chos: ‘no combaten con iguales armas...’

Más aún: precisamente en esa situación de dependencia por ignorancia, dice Condorcet, cuando el respeto de los derechos, de la independencia personal y de la igualdad se tornan benéficos en peligrosos, pues campo abonado para que la astucia, la impostura, la audacia, la perfidia, la hipocresía, la complicidad, el engaño, la calumnia, la ambición, la indignidad, la seducción, y el terror ejerzan <bajo la máscara de la libertad, la más vergonzosa y feroz tiranía>. Y un pueblo poco instruido es incapaz de arrancar la máscara a los tiranos.

Lo mismo puede decirse de los derechos estrictamente políticos: ‘Habéis reservado al pueblo el derecho de elegir. Pero la corrupción, precedida de la calumnia...le dictará su elección...’ En cambio, un pueblo instruido no puede ser presa fácil de los charlatanes y embaucadores.

Por eso debe ser obligatoria y gratuita la instrucción, que es el arma infalible para la mejora social y política. Pero incluso lo es para el progreso moral [...].

Y, por último, la instrucción debe ser obligación de la sociedad porque perfecciona al hombre incluso como especie. Es decir, que facilita y promueve el desarrollo integral del hombre”.

La obra de Condorcet fue publicada por vez primera en 1804 en doce volúmenes. Entre 1847 y 1849 aparece la segunda edición de sus obras. En nuestro medio este pensamiento pasa prácticamente desapercibido y no existen, más allá de esporádicas ediciones del *Bosquejo* o de sus ensayos sobre el problema educativo, más referentes. Por tanto, estudios e investigaciones son muy extraños en países de habla hispánica.

Por razones que en estos momentos todos quienes estamos involucrados por la enseñanza y defensa de la filosofía y de la educación pública en los términos en que el filósofo francés lo planteó, es decir, que debe ser laica, gratuita y obligatoria; y que en particular la enseñanza de la historia debe ser útil en un doble sentido: como experiencia sobre el error humano y como expectativa para la comprensión de la idea del progreso, sus reflexiones en torno al problema educativo en la nueva sociedad, resultan aleccionadoras y de gran importancia para la reformulación de la educación como irrenunciable valor universal. Es urgente debatir este problema para superar la visión que desde el poder establece que la educación debe ser un servicio o extraordinario negocio; la educación debe ser así clasista y elitista.

Sin duda alguna Condorcet fue uno de los más grandes filósofos de la educación de su tiempo. Desde el punto de vista que se le quiera ver, en su tesis o principio educativo sostiene que lo esencial es educar a los hombres para hacer de ellos ciudadanos. Para muchos puede parecer un anacronismo de enormes dimensiones,

el desvarío de un ilustrado radical que participa vivamente del proceso revolucionario francés de fines del siglo XVIII. Un lunático que sostiene que la ciencia debe estar al servicio de la Revolución. O peor aún: lo que comprende y propone es que la instrucción pública debe ser un método o instrumento para promover las condiciones de la igualdad ciudadana. Algo que por lo mismo ahora se reconoce por razones más de índole política, como parte indiscutible e irrenunciable de los Derechos Humanos. Lo que todo esto supone es que no existe ningún criterio que haga pensar que la naturaleza del proceso educativo es útil para promover el elitismo y la desigualdad social, a partir de la burda idea que unos hombres nacen para mandar y otros para obedecer, a partir de la reproducción del monopolio del conocimiento basado en la riqueza.

Lo que él filósofo francés quería era suprimir lo que consideró que fue la causa profunda de un grave error humano: la ignorancia y la superstición, promovida justo por una concepción sobre el conocimiento humano sustentado por un grupo privilegiado, y monopolizado principalmente por la Iglesia y su visión del mundo. Cabe decir que para los ilustrados en general, pero en particular para Condorcet, de lo que depende en este sentido todo eventual sistema de dominación es del engaño y la mentira. Es a partir de esto por lo que, de acuerdo con él, es importante denunciar la “superstición de los déspotas”, así como luchar contra “crímenes del fanatismo y de la tiranía”. Para ello es necesario que los hombres vivan de acuerdo con lo que es el nuevo grito de guerra de las luces entre los hombres: *razón, tolerancia y humanidad*. Como es igualmente importante no caer en un nuevo tipo de sacerdocio al reconocer que: “Todos los hombres conservan un derecho igual al conocimiento de la verdad. Todos podían tratar de descubrirla para comunicarla a todos, y para comunicársela entera”. Lo que convenía hacer respecto de esto último al interior del desarrollo de la filosofía, era evitar caer en las tentaciones del *sistema*, sacrificando con ello la *verdad*.

“Pero sus hombres ilustrados –dice Condorcet–, sus sabios, que en seguida tomaron el nombre más modesto de filósofos o amigos de la ciencia, de la sabiduría, no tardaron en perderse en la inmensidad del plan demasiado extenso que habían adoptado. Quisieron penetrar en la naturaleza del hombre y la de los dioses, el origen del mundo, el del género humano. Trataron de reducir toda la naturaleza a un principio, y los fenómenos del universo a una sola ley. Buscaron un precepto moral del que habían de derivarse las reglas de la virtud y el secreto de la verdadera felicidad.

Así, en vez de descubrir la verdad, forjaron sistemas, descuidaron la observación de los hechos, para entregarse a su imaginación, y, al no poder apoyar en pruebas sus opiniones, trataron de defenderlas con sutilezas”.

El *Bosquejo* es la última obra que escribe Condorcet. En cierto sentido y por lo aquí dicho esta obra tiene entre nosotros débiles ecos. Su influencia al interior del historicismo es prácticamente inexistente. Es importante decir que esta obra fue escrita bajo una condición extrema y extraordinaria: en la persecución política de la que fue objeto su autor durante las tormentosas Jornadas del Terror revolucionario. Condorcet redacta el *Bosquejo* desde su escondite. Lugar en el que muere al poco tiempo de, aparentemente, haberla concluido. Su muerte ha dado pie a muchas dudas. Muere en 1793 (Bourg-la-Reine, París) por causas que han levantado especulaciones: se habla de suicidio, envenenamiento o muerte por alguna causa natural (edema pulmonar). El *Bosquejo* se publica al poco tiempo de su muerte. Así, en 1794 aparece su célebre concepción de la historia sobre el progreso humano. Para los especialistas sobre la obra de Condorcet, el *Bosquejo* es, por lo motivos señalados, un texto inconcluso. Otros opinan que el mismo merece ser adoptado como su testamento filosófico-político. Sin embargo, otros lo ven como un escrito esperanzador y optimista; un texto en el cual es posible detectar una lúcida idea de lo que debe ser el *arte social* y su despliegue en una vez que el hombre ha arribado a la *décima edad* de su larga trayectoria histórica.

Como se ha establecido anteriormente, para Condorcet el significado profundo del progreso es una compleja y conflictiva continuidad que, sin embargo, tiende siempre a logros y conquistas superiores en referencia a lo que entiende debe ser la vida civilizada entre los hombres. Por ello, el progreso es la mejor forma de ejercitar el entendimiento. Tomando en cuenta que una vez que se ha llegado a un cierto nivel, el nuevo *arte civil* impone ciertas tareas al presente, la principal de ellas debe ser evitar la decadencia de las luces. Estas tareas deben ser encaminadas todas ellas a motivar y promover la mayor felicidad posible. La felicidad no es, como se llega a creer, una cuestión individual o trasnochada ensoñación utópica. Es una enorme tarea y responsabilidad histórico-social que define a la vez el carácter artificial de la nueva sociedad. De este modo, el *Bosquejo* encuentra su mejor arraigo una vez que marca su línea de identidad histórica con el Humanismo republicano, en un doble sentido. Por responder, por un lado, a la vieja tradición humanista que determina a la historia y su enseñanza como un vigoroso campo de experiencia y expectativa. En esto consiste el problema de la comprensión histórica de los errores del pasado. Algo que las nuevas generaciones deben conocer bajo la premisa de no reproducir esquemas de dominación. Es decir, de asumir a la libertad sin dominación. Por otro lado, como un proyecto universal de igualdad. Lo relevante de dicho proyecto es promover la soberanía y la verdadera democracia, es decir, como “la combinación de elementos del sistema representativo y del gobierno popular directo”.

### **Las épocas del progreso humano**

Antes que nada es importante señalar que Condorcet no es un historiador.

Él fue matemático, político y filósofo, principalmente. Lo que establece en el *Bosquejo* es su *Idea* de la historia como despliegue de la *Idea* del progreso humano. La tarea del filósofo es ya diferente a todo lo que se hacía en toda la filosofía anterior a su tiempo. Para él la filosofía tiene una misión muy diferente, consistente en que:

“la filosofía ya no tiene nada que adivinar, ya no tiene hipotéticas combinaciones que hacer; ya no le queda más que reunir y ordenar los hechos, y mostrar las verdades útiles que nacen de su encadenamiento y de su conjunto”.

Lo que se trata de mostrar a través del cuadro del progreso humano es que las tareas del presente indican que es posible acelerar los progresos en referencia a la idea de felicidad que subyace en ellos. De ahí que la época que por muchas razones emerge como la más relevante de esta importante obra de Condorcet sea la última: la de las esperanzas. El *Bosquejo* es, pues, una narración o relato histórico que habla de los combates por el progreso humano. O, si se prefiere y siguiendo lo escrito por su autor, es la historia de esos combates y la caída en los prejuicios que son parte de los errores en toda formación social. Lo relevante es comprender el comportamiento oscilante de dicha historia a través de sus diferentes épocas.

1) Primera época: *Los hombres se reúnen en población*. Parte de la necesidad de un jefe y por el origen de las primeras instituciones políticas. Durante esta época se forma el lenguaje y aparece la danza. El invento más notorio es el arco. Pero aparece también la crueldad y la venganza. Los errores y las supersticiones que determinan el origen de la desigualdad entre los hombres al separarlos en dos clases principales. Una que cumple el rol de enseñar y la otra el de creer. De este modo aparecen los charlatanes y brujos. Los primeros impostores a quienes se les atribuye ser la causa de la “credibilidad de los primeros ingenuos”.

2) Segunda época: *Los pueblos pastores, paso de ese estado al de los pueblos agricultores*. La relación fundamental en esta época la constituye la organización de la vida productiva en pueblos pastores y agricultores. Aparece la esclavitud al considerar por costumbres que “es mejor conservar esclavos a los prisioneros de guerra, en vez de degollarlos”. Origen de la propiedad y de la herencia. En esta época aparece la beneficencia pero también la desigualdad de los derechos. Se observan las estrellas y aparece y se perfecciona el arte del engaño a partir de la creencia en potencias sobrenaturales. Se reconoce a los primeros pontífices.

3) Tercera época: *Progresos de los pueblos agricultores hasta la invención de la escritura alfabética*. Origen de los Imperios, la tiranía y el despotismo. Se necesitan nuevos sistemas legislativos que operen con mayor regularidad. Nace la República. Se generan las primeras redes comerciales y con ello normas de hospitalidad. Aparece la nobleza hereditaria. Se formulan leyes sobre los movimientos

celestes. Origen de las ciencias y de la escritura. Se origina el hábito de fermentar las bebidas. Aparece el sacerdocio como una relación que desarrolla por fin no instruir, sino dominar.

4) Cuarta época: *Progresos del espíritu humano en Grecia hasta el tiempo de la división de las ciencias, hacia el siglo de Alejandro*. Homero. Esplendor de la cultura griega como afortunada circunstancia. Oscilaciones y contradicciones entre la tiranía y la sabiduría de los antiguos filósofos griegos. Surgimiento de los primeros sistemas filosóficos. Condorcet critica a los sabios griegos quienes: “en lugar de descubrir verdades, forjaron sistemas [...] se entregaron a la imaginación”, y abusaron de los vicios del lenguaje al “embrollar al espíritu en pueriles equívocos”. La filosofía queda sujeta a “la noche de aquellos sistemas”, y a las diferentes escuelas rivales que promueven también “ideas afortunadas”. Movimiento oscilante entre la educación y la decadencia. Entre la corrupción y el error. Situación que provoca serios problemas en la relación entre moral y política. Muerte de Sócrates. “La Ley se hace para quien la impone”. Nacimiento de la economía política.

5) Quinta época: *Progreso de las ciencias desde su división hasta su decadencia*. Caída de las repúblicas griegas. Crisis de las ciencias políticas. Tiempo de sensibles progresos en las ciencias y de decadencia. Platón, Aristóteles. Arquímedes, padre de la mecánica racional. Estoicismo. Importancia y valor de las leyes. Romanos, padres de la jurisprudencia. Multiplicación de los retóricos. Nacimiento de las religiones sacerdotales. Proliferación de nuevas sectas. Orígenes de la doctrina que habla de la igualdad en la esclavitud. Empieza el desprecio por las ciencias. Cristianismo.

6) Sexta época: *Decadencia de las luces hasta su restauración, hacia el tiempo de las cruzadas*. Tiempo infortunado. Noche profunda. Fantasías teológicas. Intolerancia religiosa. Moral única. Nueva tiranía sacerdotal. Despotismo militar. Oriente/Occidente. Desprecio a las letras. Invasiones bárbaras. Latín como lengua única. Ejércitos de monjes. Triple tiranía: reyes, sacerdotes y guerreros. Gémenes de la futura libertad. Ignorancia y corrupción. Querellas teológicas. Mahoma. Árabes: restauradores.

7) Séptima época: *Desde los primeros progresos de las ciencias, con su restauración en Occidente, hasta la invención de la imprenta*. Intolerancia sacerdotal. Escandalosa codicia. Desorden de las costumbres. Inquisición. Rivalidad entre los emperadores y el poder papal. Renacimiento italiano: nuevas repúblicas que despliegan los deseos de libertad, igualdad y democracia. Dominio escolástico. Esclavitud del espíritu.

8) Octava época. *Desde la invención de la imprenta hasta el tiempo en que las ciencias y la filosofía sacudieron el yugo de la autoridad*. Aparecen la imprenta y la opinión pública. Conquista española de América. Primeras críticas al eurocentrismo y al monopolio comercial de Europa. Reforma protestante encabezada

por Martín Lutero. Intolerancia religiosa y fanatismo. Nuevas sutilezas teológicas. Nueva concepción filosófica consistente en reconocer la igualdad natural entre los hombres como fundamento de toda filosofía moral verdadera. Ilustración. Libertad de pensamiento. Reformadores: no conducen a la verdadera libertad de pensamiento. Derecho positivo. Época de revoluciones y movimientos populares. Hipocresía: “cubrió a Europa de hogueras y de asesinatos”. Surge el espíritu crítico. Errores de la educación religiosa. Bacon-Galileo-Descartes.

9) Novena época: *Desde Descartes hasta la formación de la República francesa*. Camino hacia el perfeccionamiento. Las Leyes establecidas como garantía de la libertad individual y civil. Nueva concepción del hombre como un ser que, al abandonar la esclavitud, debe aprender a ser verdaderamente libre. Estados despoticos. Desarrollo del espíritu comercial. Progreso general de las luces. Hombre “ser capaz sensible, capaz de formar razonamientos y de adquirir ideas morales. Prosperidad pública. Combates de la razón contra el despotismo, la tiranía y el fanatismo. Grito de guerra: *razón, tolerancia y humanidad*. Tiránica administración económica. Hombres: condenados a la ignorancia voluntaria. Libertades civiles. Simple buen sentido. Imperialismo inglés. Revolución americana. Revolución francesa, es más completa. Sociedades científicas. Apóstoles de la perfectibilidad humana. Locke. Turgot. Voltaire. Rousseau. Smith. Cálculo. Progreso: su influencia sobre el bienestar de la masa en general. No dividir a los hombres en dos clases: mando-obediencia. Horizonte del hombre libre.

10) Décima época: *De los futuros progresos del espíritu humano*. Futuro: esperanza o degeneración. Revolución: “debe ser dirigida por la sabiduría”. Crítica a la dominación europea. Igualdad de la instrucción. *Arte social*. Instrucción bien dirigida. Progresos de la industria y el bienestar. Marcha regresiva u oscilación entre el bien y el mal. *Responsabilidad respecto a los hombres que no han nacido aún*. Mejorar: leyes, instrucción y las ciencias.

\* \* \*

